

## Del Amor Trunco

Alberto Híjar

**Parte** de una familia mártir, Roberto Quezada es memoria viviente y comunicada de la guerra salvadoreña. Variado en recursos de significación, es reconocido poeta, músico y novelista en franco ascenso. La dimensión político-militar necesaria como memoria, la sabe atenuar con la ironía heredada por Roque Dalton a todo escritor salvadoreño dispuesto a ejercerla sin afanes imitativos, simplemente como recurso antidramático para restar patetismo donde de por sí lo hay. El principio de *El Leoncavallo* aplica este recurso a partir de un hecho casi real: el suicidio frustrado de un paisano desesperado por el frío nórdico, la soledad y la ausencia de futuro. A partir de aquí, Roberto cuenta una historia donde ir en busca del sol y del calor no sólo físico, resulta precisamente coherente como proyecto momentáneo de vida.

La coherencia es vitalizada por una verosimilitud fundada en los usos del lenguaje. La trama requiere del español, del italiano y de los modismos guanacos, hasta construir un discurso complejo donde los gestos, usos y costumbres, también cuentan. Los personajes son contruidos como puntos clave para sostener la historia, todos y cada uno son necesarios con sus rostros, sus modos de ser, sus quehaceres, sus extravagancias, sus pasiones. La solidaridad no requiere de planteamientos políticos explícitos, sino crece como necesidad de humanización en lugares precisamente descritos. Todo esto construye un mapa donde calles, plazas, un teatro abandonado, los restaurantes, la recámara y la sala, los verdes caminos a un monasterio, los aeropuertos, las carreteras, son vívidos en los tiempos propios de la historia. Roberto Quezada infunde vida a los lugares de los conflictos de quienes los usan, a la par que da al tiempo una concreción material por el trazado del mapa de la historia. Esta dialéctica es necesaria porque cada una de sus partes y él todo de ella, son asumidos como narración compleja, sabrosa y reflexiva donde de cuando en cuando alguna acotación plantea el extrañamiento del saberse extranjero, a la par de buscarse en los extravíos y los desencuentros.

De lo simple a lo complejo, la novela teje vidas, lugares, situaciones, hablas y presencias tan fuertes como la militancia política imprecisa pero bien llevada que acompaña toda la vida de los militantes y aún de los colaboradores. Este punto es clave para el desenlace donde la esperanza del regreso exige recuperar disciplinas en medio del relajamiento de la tregua amorosa y de las compañías solidarias, esas donde México ocupa un lugarcito intrascendente en apariencia, de pasadita, un poco más importante que Guatemala o Suiza.

...del amor trunco subtitula Roberto Quezada a su segunda novela. La primera es *Diles que aún vivo* (El Juglar editores, México, 1992). En ésta, Roberto ensayó la complicación del sueño con la realidad brutalmente material de la guerra.

Resultó una narración dramática no exenta del tono adecuado a la fantasía y a la inclusión de la dimensión festiva. Ahora, los puntos suspensivos anteriores al subtítulo, dan a entender no sólo la primera novela, sino el discurso de toda una vida sintetizada en la frase subtítular. *El Leoncavallo* resulta así el lugar donde se anudan las vidas del militante, del encarcelado, del refugiado, del atendido por los hermanos solidarios, del amoroso, del recuperado por el contacto compañero, del que regresa, en fin, del que sabe de los usos y costumbres de la lucha clandestina.

Hay en todo esto sutilezas irónicas claves para el entendimiento de los compañeros, los antiguos y los sobrevivientes, como el nombre del capítulo *Piazza libertà* para los que reconocemos aquella frase musical de Yolocamba I tá: "allá nos vemos en la plaza libertad" o la necesidad del café aguado, lungo, imposible en Italia, o los intrínquilos historiográficos de los años extraviados de El Salvador, del 6 de mayo de 1952 al 1 de abril de 1952, "eslabón perdido en la historia de la villa de San Salvador". Y la poesía, siempre la poesía como acento de una parrafada descriptiva, como ensimismamiento en medio de las preocupaciones varias, como la misteriosa consigna plena de sentido ¡devellare supervoz!, como los lances amorosos entre Débora y Guillermo, como el habla de la estatua, la certeza de la locura, la presencia cultísima de Ezra Pound, el cuerpo mostrenco y vigoroso de Ettore, no exenta del recuento de lecturas donde cohabitan Baumgarten, Juan Acha, Taibo II, Las mil y una noches y Semos malos.

La tentación de citar a Foucault surge con el acuerdo de la respuesta inducida a las preguntas de Roberto: "¿porqué una obra debe de terminar?, ¿porqué un libro tiene fin?" Discurso abierto, efímero pero persistente como la memoria donde cohabitan sueños, brutales realidades, represión y libertad individual, solidaridad entrañable, esperanza, tragedia y amor trunco, *El Leoncavallo* es fundamental no sólo como recuento de los daños de una guerra popular, sino como su prolongación como vida cotidiana de tantos y tantas vidas determinadas por ella. ■

**Alberto Híjar.** Filósofo y crítico de arte mexicano, autor de varios libros y numerosos textos en periódicos y revistas especializadas. Fue profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y actualmente colabora en el Centro de Investigaciones de las Artes Plásticas del INBA. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipielago*.